Visita a un tigre madrileño

Entre los datos del informe PISA que se dieron a conocer el pasado 8 de septiembre destacan los que tienen que ver con la lectura. Según se supo, uno de cada tres alumnos españoles no alcanza el nivel mínimo necesario para comprender textos. Las razones de esta catástrofe apuntan al aumento del tiempo que los escolares pasan frente a las pantallas en las que encuentran información inmediata y concisa. Uno de los efectos del uso compulsivo de esta tecnología es la dificultad para mantener la concentración que requiere la lectura, en soporte vegetal o en digital, de textos largos. La subordinada no tiene cabida en el *scroll*, barbarismo que pide a gritos una alternativa en español. Sin embargo, los jóvenes y no tan jóvenes españoles no están, ni mucho menos, carentes de ideología. Y esta llega, a menudo, por las vías más insospechadas. El pasado viernes pude comprobarlo una vez más.

El bar era muy viejo. Acaso perteneció a un matrimonio al que la jubilación alejó de la barra. Acaso fuera más antiguo y lo acabaron regentando empleados tras el retiro de los propietarios. Sea como fuere, ahora lo lleva una pareja joven a la que pedimos unos vinos. Al fondo, en una mesa, un grupo de amigos conversaba mientras uno de los camareros ponía canciones de Camarón, primero, y de Carolina Durante, después. La tapa era exigua, el contenido de las copas, generoso. Tanto como para arrancar una mueca de desaprobación por la camarera que vigila a su compañero. La noche septembrina se resistía a adelantarse en las calles del Rastro. Dos vinos después ascendí por una escalera de caracol a una especie de altillo. Un habitáculo estaba destinado a los empleados, el otro a un público unisex, a pesar de que en su puerta aún se mantenía una figura con levita, sombrero de copa y bastón. Sobre el inodoro, una cisterna desde la que descendía una tubería de PVC que en tiempos fue de plomo, en dirección a la taza. La superficie de porcelana blanca del depósito apenas se podía ver oculta por pegatinas de colores estridentes y lemas concisos, contundentes. La piel del pequeño tanque parecía la de un leopardo que en cada mancha exhibiera una sentencia. La superposición de adhesivos apuntaba a una cronología, pero las arengas mantenían una línea bastante clara.

En el centro, una pegatina circular invitaba a una particular forma de lectura: *Ama los libros, odia el fascismo*. La contradicción es evidente, pues en 1932 Mussolini dejó su ideario impreso en un volumen titulado *La doctrina del fascismo*. Pese a ello, la consigna, que reclama, sin decirlo, un donoso escrutinio, queda lanzada: se trata de combatir a un fascismo que gravita sobre nuestras cabezas, que se mantiene latente desde hace casi un siglo, que supone una amenaza tan imprecisa como certera para apuntar a los nuevos fascistas.

A uno de los lados, otra pegatina rectangular de fondo anaranjado muestra un *sudak.,* que, si no yerro, apunta a un colectivo, el sudamericano, latinoamericano para los afrancesados, también amenazado por ese fascismo pretendidamente ágrafo. El señalamiento es evidente: todo aquel que cuestione la magnitud del «Madrid de todos los acentos» es culpable, es racista, es xenófobo. Es inevitablemente fascista.

El rostro de Björk me mira desde unos centímetros por encima de un corazón en cuyo interior flota la cabeza de un alienígena acompañada por la leyenda *I love your shit, humans*. Una declaración de perfiles paternalistas, globalistas, galácticos. Una visión displicente lanzada por un ser inexistente al que se atribuye una altura cósmica y moral capaz de lanzar una mirada similar a la de un entomólogo.

El costado derecho de la cisterna muestra una vieja reivindicación, *Legalizar promueve el consumo la seguridad*, sobre la silueta de una hoja de marihuana. Más abajo, una pegatina deteriorada mantiene las banderas rojas y negras del anarcosindicalismo. Alrededor de todo ello, nombres de grupos musicales tratan de hacerse un hueco.

Los baños, los lavabos, los aseos, los *tigres* aguardan el momento de ser cartografiados. En ellos se conserva una escatología propia de catulos contemporáneos. También declaraciones de amor urgente. En ellos reside también una potente carga ideológica... casi siempre sesgada, casi siempre escorada hacia el mismo lado. Sobre las puertas, los azulejos o la loza, las pegatinas y los rotuladores dejan máximas y consignas que llaman a subvertir el orden estatal, pues en muchos ámbitos españoles lo estatal es considerado fascista.

La práctica es tan vieja como el mundo. Pompeya nos devuelve los grafitis que cegó el volcán. Los muros son siempre una tentación. «Pared blanca, papel de necios» respondió Hernán Cortés a quienes le difamaban de forma anónima en Coyoacán. Desde hace décadas, Madrid tiene su grafiti propio: la firma de Muelle. Un trazo desprovisto de ideología elevado a la categoría de arte. Muelle no fue un Banksy cheli, pues su flecha no apuntaba a ninguna parte, no constituía una denuncia. Carecía de otra carga social o política que excediera las andanzas de su autor. Sin embargo, mientras el espray trazaba bucles en las calles y dejaba una firma para la que se acuñó otra acepción del término «escritor», en los váteres -¿no está en afortunado desuso esa palabra?- de los garitos fueron quedando atrapadas consignas y ocurrencias contraculturales integradas en un ideario calculadamente canalla y políticamente correcto. En la democracia que *nos hemos dado* en España, lo identitario, siempre que cuestione lo común, brota en un terreno abonado por un pasado deformado contra el que fantasea luchar el parroquiano que alivia su vejiga ante la propaganda urinaria.